KUNGLA

Emilia Roselló Til

KUNGLA

Emilia Roselló Til

avant
editorial

Primera edición, septiembre de 2026
© Emilia Roselló Til, 2026

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN: 9791388206672
DL:M-21709-2026
Thema: DFC - DF - DSBS - DFJ - DFV

A mis queridos hijos Sergi y Belén

ÍNDICE

Kungla 11
Ramona 13
Jordi 16
Leire y Magdalena 20
Antonino 23
Ovidio y las plantillas 26
La guerrera (Neus) 29
Julieta 32
Octavio 34
Wairwa 37
Loren 40
Adolfo 43
Alexander 45
Carmelina 48
Antar 51
Leonardo 53
Alejandro 56
Tomaset 58
Flora 61
Saigón 63
Berrinche 65
Echar la tarde 67
Hiro 69
Andréi 71
IA versus inteligencia del corazón 78
Aisha 82

La buena vibra 84
Oriol (sentirse) 86
Troxospito 89
Emiko *96*
Silvana *97*
Héctor *98*
Fátima *99*
Palermo *101*
Córcega *102*
Barcelona *103*

Kungla

Lo de «Radio Osa» fue un exitazo. En las islas Svalbard, todos los osos y osas engullían deprisa las presas para llegar a tiempo y sintonizar el programa en los transistores.

Desde Nuuk, en Groenlandia, la Osa Cartógrafa enviaba sin parar a la emisora sus crónicas sobre los humanos. Era un no parar. A la escucha y tejiendo absortas, las osas abuelas habían tejido alfombras demasiado enormes. Hasta una hizo un jersey con tres mangas.

Y es que los humanos nos habíamos puesto de moda entre los habitantes de las blanquísimas islas. Este era el tercer libro de relatos que transmitía por radio diariamente la buenaza de la Osa Cartógrafa, quien se había acostumbrado tanto al éxito que le empezaba a ser indiferente. El programa radiofónico se denominaba «KUNGLA» La fuente de los susodichos relatos era un libro, perdido seguramente por despiste, de una turista que, impresionada por las negras y redondas rocas de Nuuk, perdió su libro de notas. Una bicoca para el periodismo osuno.

Cada día salía un relato de los humanos por las ondas y todos estaban encantados.

Hoy tocaba el de «Ramona», y los siguientes, los días venideros.

Empezaba así:

Ramona

Ramona trabajaba en una cafetería-panadería. Era alta, gordita, tirando a feúcha y extremadamente preocupada por caer bien. Salía del obrador cargada con una enorme bandeja de *croissants* sonriendo, desfilando como una modelo de pasarela y saludando a todos los que estaban desayunando, a lo suyo. Nadie ni la miraba ni le hacía caso. Ella no se daba por enterada y, con el argumento propio de su cabeza, despachaba a los clientes sin perder la sonrisa y la expresión de ser la reina del mambo en todo momento.

El caso es que Ramona, en un programa de radio que escuchaba mientras limpiaba el baño de su casa, había oído algo en lo que intermitentemente no dejaba de pensar: un escritor afamado, del que ella tenía un libro, había afirmado que «al final de nuestras vidas somos luz que piensa».

—¿Cómo? ¿No podré librarme de todos los pensamientos que tengo que aplastar cada día y sustituir por otros? ¡Que fatiga! Quiero descansar.

El mundo de Ramona discurría entre tías abuelas y una madre que le eran leales, a pesar de haber llevado todas ellas biografías muy parcializadas por sus economías muy sencillas y trabajos humildes. Ante ellas, ella era la entrada de la alegría, la fuerza y

la actualidad del mundo. Ese era su rol. Y lo cumplía a rajatabla solo por verles esas caras de tranquilo asentamiento con las que recibían sus *news*. Soltaba mentiras, «bolas»—como ella decía— a tutiplén. Y el ambiente familiar se reforzaba y funcionaba.

También tenía bien trabajado el tema de que los fines de semana no salía porque estaba muy cansada, no porque no fuera en absoluto reclamada por amigos.

Tan bien nutrida por el cariño de sus allegados y, sin embargo, poco reforzada por el exterior, era como un melocotón sano golpeado por el granizo.

Era un lunes y a la cafetería entró una mujer superacicalada que le pidió una *baguette*. A Ramona, con las prisas, se le cayó de las pinzas al introducirla en la bolsa y la salvó cogiéndola con la mano. La clienta dejó el dinero sobre el mostrador y, con un ademán despectivo, le dijo que no la quería. Un chaval sin hogar, que hacía guardia, hizo ademán de quedársela él y ella le dijo que no había problema; pero oyó el comentario tan despreciativo de la pija a su marido con relación a ella que, al ir a rebatirlo, la otra le hizo gestos humillantes y despectivos, y se largó, dejándola a ella con un nivel de agresividad reprimido importante. Ramona se tragó el enfado, pero ahí estaba, en el fondo, consumiéndola. Horario, y a casa.

En el metro se repetía: «Yo no quiero tener estos pensamientos siempre; y menos cuando me muera». Sentía que su cabeza se estaba volviendo vieja.

En la casa su tía abuela Nati, mientras tendía la colada, se dio cuenta de todo y le dijo:

—Mira, cari, a mi modo de ver, te vendría bien durante tres o cuatro días ajustar tu horizonte a lo más cercano, como los críos; tú y lo que te rodea; póntelo de cara. Saborea lo que te convenga y lo que no te guste, fuera. Mejor no hacer conclusiones.

Le preparó un chocolate con churros y una bañera con una bola de perfume. Todo como una seda.

—*Tieta*, eres la monda.

Al día siguiente, la pija, vecina del barrio, volvió a por pan. Y, mira, ella no la veía.

Vendió el pan a todos y, cuando solo quedaba un chusco duro, lo cogió perfectamente con las pinzas y se lo vendió.

En el metro esta vez pensaba: «Sí, el pensamiento lo puedo manejar. No me da miedo. Bien por tía Nati; en lo inmediato y el ahora se pueden cambiar muchas cosas».

Jordi

Jordi era un joven negro catalán, estudiante de último curso de Económicas, con una planta fantástica y un modo de ser envidiable. Con decir que cualquier firma de moda joven lo podría contratar para sus productos y que cualquier abuela lo hubiera querido tener como nieto, está dicho todo.

Él hacía su vida dentro de unos parámetros normales, ordenados y sanos. Trabajaba como informático en una empresa mediana y hacía poco tiempo andaba de medio novio con la jovencita de recursos humanos del trabajo. Todo bien. Su familia, profesionales acomodados, no tenía la menor preocupación por él. Bien.

Un día tenía una jornada tonta, sin aliciente; se le pedía esfuerzo y no había la menor compensación de ningún tipo. Era como si no estuviera allí. El gris lo invadía todo, por dentro y por fuera. Solo podía sentir la boca de su estómago pidiéndole marcharse. Lo hizo.

El aire de la calle le devolvió la sensación de estar vivo y, aunque solo fuera por alejarse del trabajo, echó a andar; hacia la Barceloneta, hacia el mar. Algo raro aparecía en su talante, como si fuera algo que sabía de siempre, pero que ahora tomaba vitalidad.

Jordi llegó a la orilla y dejó que las olas barrieran sus zapatillas de marca y sus *leggins* caros. Miraba y no veía; quería recuperarse y él no estaba. Parecía que solo vivía el mar, y quería que esas aguas con vida le contagiaran la sensación. Y el mar, a lo suyo, iba y venía. La arena cedía y pronto se encontró hundido a media pierna. Iba y venía. Jordi lo miraba como quien mira algo amigo en un mundo hostil. Caminó y volvió a estar un largo rato solo relacionándose con el azul. No había nada más, ¿cómo no se había dado cuenta? Azul y azul. Solo eso. Y cayó en la cuenta de algo muy peligroso: no recordaba cuándo fue la última vez que se había conmovido. El lema era «Todo como una seda, todo bien»; y él sin estar. Y lo peor era que ni encontraba ningún argumento en su cabeza que explicara su perplejidad.

En dos brincos, una joven a su lado se zambulló en el mar y le dejó empapado. Dio varias brazadas hacia dentro, se paró, miró al horizonte y en otras pocas brazadas salió por donde había entrado. Jordi con la camiseta mojada, la iba a mirar molesto, cuando se impactó por lo que percibía. Sí, era guapa, pero no era eso lo que le impactó. Era como si ella con la mano hubiera abierto la puerta de algo no manejado, a estrenar.

—Perdona, ¡cómo te he puesto!

—No es nada.

Sí, era una mujer, y bonita; pero la impresión se amplificaba a lo no sensorial.

—Me llamo Jordi. ¿Y tú?

—Juliana.

Lo fácil era pensar en el flechazo; pero no se trataba de eso. Con su presencia entraban mundos solo perceptibles por algo que tampoco él tenía registrado como propio. Como si conocerla obedeciera a lo mismo que rige el despliegue de las hojas en los árboles o el ir y venir de las olas que seguían remojándole. Si afinaba, no era tan bonita, pero seguía siendo una nueva puerta abierta a algo mejor, mucho mejor.